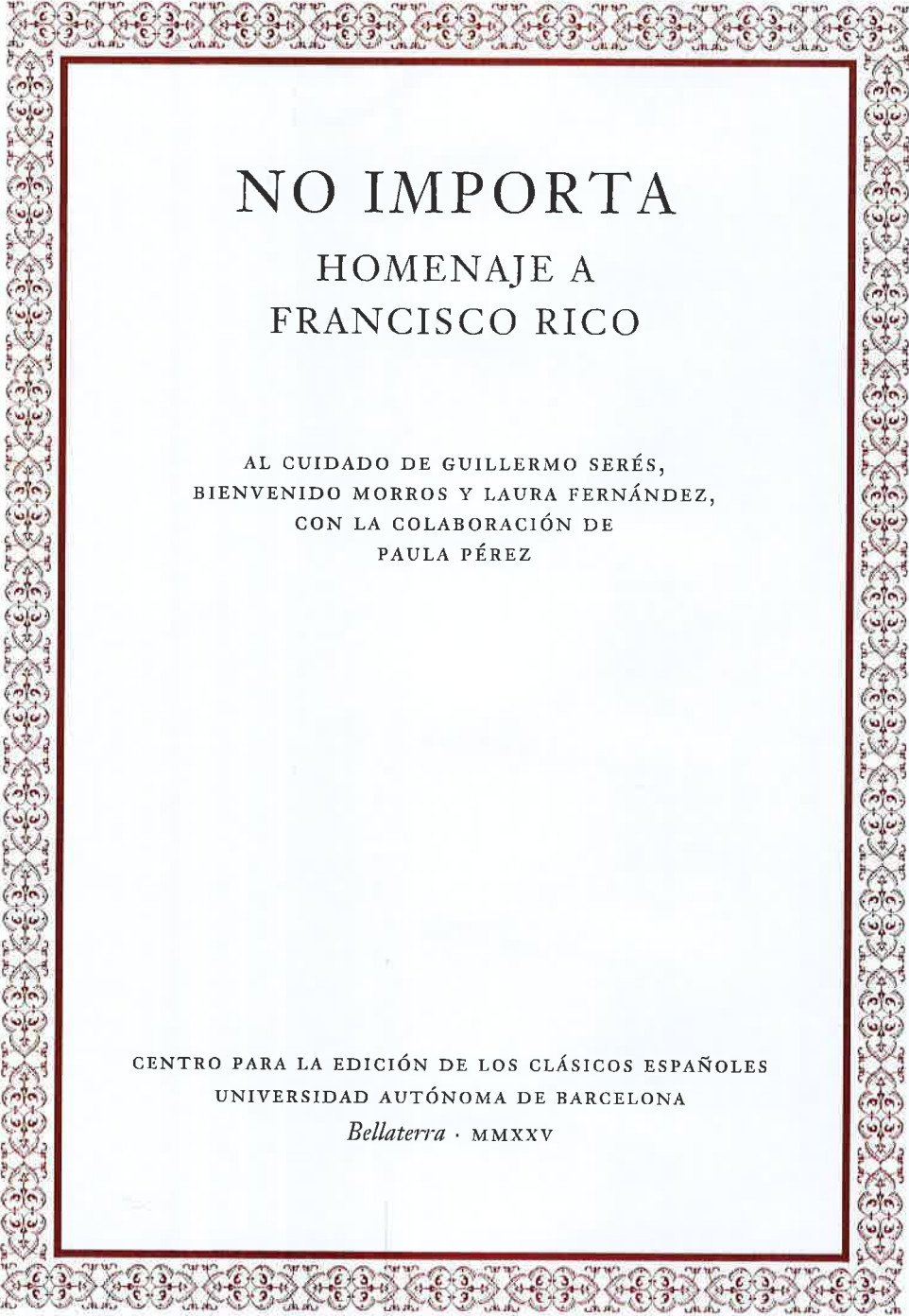




NO IMPORTA

HOMENAJE A FRANCISCO RICO

AL CUIDADO DE GUILLERMO SERÉS,
BIENVENIDO MORROS Y LAURA FERNÁNDEZ,
CON LA COLABORACIÓN DE
PAULA PÉREZ

CENTRO PARA LA EDICIÓN DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

Bellaterra · MMXXV

NO IMPORTA

HOMENAJE A FRANCISCO RICO

AL CUIDADO DE GUILLERMO SERÉS,
BIENVENIDO MORROS Y LAURA FERNÁNDEZ,
CON LA COLABORACIÓN DE
PAULA PÉREZ

CENTRO PARA LA EDICIÓN DE LOS CLÁSICOS ESPAÑOLES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA
Bellaterra · MMXXV

FRANCISCO RICO Y LA RESISTENCIA A LA TEORÍA

Darío Villanueva
Universidade de Santiago de Compostela
Real Academia Española

¿Cómo podría comenzar Francisco Rico su discurso de ingreso en la Real Academia Española el 4 de junio de 1987 sin definirse de esta guisa?: «Soy un historiador de la literatura: nada más, pero –permitidme un punto de pasión– tampoco menos» (Rico 1987:9). O renunciar a otra confesión en cierto modo biográfica que pone también el punto sobre las íes en lo tocante a pasadas influencias estructuralistas: «En los años de mi juventud, muchos queríamos confiar en la existencia de ciertas propiedades formales intrínsecas y de suyo capaces de dar a un mensaje verbal la dimensión de obra de arte literaria» (Rico 1987:10).

Efectivamente, la seductora teoría literaria de la *Opojaz* rusa nos llegó con la buena nueva de la *literaturnost* predicada por Roman Jakobson y avalada entre nosotros ni más ni menos que por el padrino de Rico en aquella jornada, Fernando Lázaro Carreter. Muchos la saludamos como tal por aquel entonces, entre ellos según su propia confesión el brillante y precoz filólogo de la Universidad de Barcelona que, sin embargo, veinte años más tarde se sumaba a los desencantados porque «antes o después hemos aprendido que estas propiedades presuntamente intrínsecas ni siquiera son perceptibles, si cada altura de la tradición no las determina y las acoge como pertinentes» (Rico 1987:10).

En su discurso de bienvenida al nuevo académico, Lázaro Carreter revela el contenido de una carta personal donde Rico [1987:47] le confesaba también que «cada día me siento (o me reconozco) más (casi) únicamente historiador, es decir, lo veo todo más en los tiempos, no sé pensar el texto más que en los varios tiempos, y enlazado (pero sin que los vínculos supongan dependencia) con el sistema total de cada momento». A lo que el maestro responde en el paraninfo de la docta casa con un argumento que se compadece perfectamente con el propósito principal de este mi escrito de homenaje a quien entonces ingresaba en la RAE y hoy recordamos con admiración: «Él llama a esto actitud de historiador; para mí es, pura y simplemente, cumplimiento de su deber de filólogo. Existen ya indicios de que el subjetivismo interpretativo está pasando, no sin dejar un rastro de vacuidad y desprestigio en nuestros estudios» (Rico 1987:47).

Más la resistencia de Rico a verse contaminado por la más mínima filiación teórica, como gesto incluso —diría yo— de coquetería no lo abandonará nunca. Así, por ejemplo, en la primera página de otro de sus admirables libros, *Figuras con paisaje*, de nuevo se cura en salud: «No quisiera que nadie se llamara al engaño de conjeturar, ni por un segundo, que los tres ensayos reunidos aquí pertenecen al campo de la iconografía, iconología o cualquier otra disciplina de recibo en las facultades y en los departamentos de Arte. No es el caso. Son, lisa y llanamente, esbozos de historia de la literatura concebida (...) no como conocimiento autónomo y suficiente, sino como dominio privilegiado —por gustoso en sí mismo y por abierto a infinidad de otros— en una historia cabal de la cultura y aun de la vida». Su «trajín de historiador de la literatura» le obligará, así, a reducir «al mínimo inescusable las apreciaciones y las apostillas propiamente formales» (Rico 1994:11-13).

Refléjase de tal modo el mismo distanciamiento, no exento de ironía, con el que un Rico ya cuarentón despacha en escasas cuatro páginas su *Tratado general de literatura* aconsejando evitar a toda costa la lectura de Teun van Dijk y recurrir al más cercano Lázaro Carreter en pos de una convicción que no deja de parecernos un punto teórica: «la literatura se distingue de los demás registros lingüísticos por la posibilidad de contenerlos a todos, de suerte que la única gramática real y completa es la gramática de la literatura» (Rico 1982:145). Años después (Fernández 1987:32) reconocerá que con este opúsculo vitalmente conmemorativo quiso a la vez mostrarse ajeno a la palabrería crítica gratuita, al método único y unilateral y a la trivialidad embozada de rigor académico.

Por si no bastasen estos testimonios para confirmar la vocación militante de Francisco Rico como historiador de la literatura, nos sería de gran utilidad una cumplida entrevista que Daniel Fernández le hizo para una revista literaria el mismo año de su ingreso en la RAE. Rechaza de entrada, con energía, que se le considere «una mezcla de crítico literario (¡horror!), semiólogo, gramático y cronista de los salones de la cultura» (Fernández 1987:25). Admite, eso sí, que quien sienta un interés general por la literatura percibirá como «inevitablemente revueltos» tres dominios de los cuatro que constituyen la *Literaturwissenschaft*: «la crítica, o la literatura como reflexión, y también como preceptiva, como propuesta teórica; y, por último, la historia como comprensión de una u otra actividad en el tiempo, con una cierta suspensión de juicios estéticos». Sin mencionar la literatura comparada, reconoce la impronta que en su formación dejaron maestros como Martín de Riquer que «me instaló en el mundo de la Edad Media y del Renacimiento, no con una perspectiva española, sino con una perspectiva europea general» (Fernández 1987:27). Se muestra, por ello, muy afín a Ernst Robert Curtius y considera una obra maes-

tra el *Erasmus y España* de Marcel Bataillon, director que fue de la *Révue de Littérature Comparée*. Como modesto aprendiz de comparatista, no puedo ignorar la huella que dejó en mi formación nunca consumada esa precoz obra maestra de la temalogía titulada en 1970 *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas*, y la también juvenil *Vida u obra de Petrarca: Lectura del Secretum*, así como los libros italianos posteriores de Paco Rico sobre el propio Petrarca y Boccaccio.

Pero no se olvidaba tampoco, con Daniel Fernández, de mencionar a Bajtin, Harry Levin y Roman Jakobson. A este último lo reconoce como una seductora fuente de inspiración a sus diecisiete años porque «llamaba la atención sobre la forma en el estudio de los fenómenos literarios», y lo expresa en unos términos a los que habré de volver. Al fin y al cabo, añade, «yo me formé en la época en la que la novedad era el estructuralismo». Pero su evolución posterior lo llevaría a ratificarse en lo que ya sabemos: que «la literatura, contra lo que fue dogma de formalistas y estructuralistas, no es una propiedad del lenguaje, no está en el lenguaje. Está en la historia» (Fernández 1987:29).

Contrario al profesionalismo de críticos, profesores e hispanistas, a vivir como muchos de ellos de un método, de un “truco”, un modo de hacer repetido mecánicamente, “excusa para perezosos” que no se molestan en respetar la singularidad de los hechos aplicando a cada uno un enfoque *ad hoc*, Rico confirma que por no haber seguido un método «tampoco he tenido una teoría crítica», sino que ha sido ecléctico, aplicando la sabia estrategia de utilizar en cada caso los instrumentos teóricos más pertinentes para desentrañar el sentido profundo de una obra, un autor o una época.

No mucho después de su ingreso en la RAE y de la aparición de la enjundiosa entrevista publicada en *Quimera*, en el epílogo a su *Breve biblioteca de autores españoles* se hace eco asimismo de las últimas derivas de lo que como historiador de la literatura convicto y confeso más lo contrariaban: «dejemos también nosotros a los tiros de la teoría y la crítica, de las estructuras, las *deconstrucciones* y los rompecabezas, y tengamos la ingenuidad de confesar que en la literatura buscamos normalmente verdad y belleza: una versión de las realidades y de los sueños alzada a la categoría de única y pragmática por la gracia del arte» (Rico 1990: 288-289).

Quizá sea esta la única mención que Rico hizo, y que yo recuerde, a la *French Theory* de Jacques Derrida y sus conmlitones que tantos estragos hicieron desde aquel entonces a los estudios literarios en el seno de los pródidos campus norteamericanos, ricos en todo tipo de recursos, entre ellos los humanos constituidos por eminentes profesores europeos como el propio Jakobson, y sólidamente anclados en el pragmatismo del *close reading* y el respeto al canon. En este contexto estallará hacia 1982 una sonada polémica desencade-

nada por el artículo «The Crisis in English Studies» escrito por el eminente *professor* de Harvard Walter Jackson Bate.

Sin adoptar la postura de un historiador de la literatura como los de rai-gambre europea, Bate denuncia en términos hasta cierto punto apocalípticos la evolución que las humanidades estaban experimentando en las universidades norteamericanas «on a self-destructive course» (Bate 1982:46), tomando para ello los estudios de inglés a modo de «barometer and measure for other humanistic fields» porque en sus departamentos se daba tradicionalmente un decidido compromiso «with intellectual history and the interrelation of literature and the history». Pero el estructuralismo jugaba a favor de que los estudios literarios de estirpe histórico-crítica fuesen cediendo ante el empuje de los lingüísticos y antropológicos, escenario propicio para que alcanzase gran éxito «the strange stepchild of structuralism known as 'deconstructionism'».

Frente al objetivo de la educación liberal hasta hacía poco imperante por aquellos pagos, que creía a pies juntillas en la incumbencia indiscutible de «the ideal of *litterae humaniores*», Bate [1982:47-49] denuncia una peligrosa deriva de la atención hacia «the peripheal rather than the essential things», acompañada de un creciente escepticismo hacia «the classical ideal of the central importance of literature». Todo ello, unido a la obsesión “profesional” provocada por el “publish-or-perish síndrome” conducía a una rampante especialización de las investigaciones, consagradas a «one autor, and often one aspect of a minor author». Con el agravante de la irrupción imparable de los Cultural Studies y el éxito de nuevos campos de atención como los que Bate menciona: «women's studies», «gay studies» y las «ethnic literatures», hasta entonces obviados por el canon colonialista y eurocéntrico.

En efecto: la impronta de Foucault, Derrida, Deleuze, Lacan o Bourdieu, lejos de irradiar desde Europa, alcanzó la enorme influencia ecuménica que explica la Posmodernidad desde las universidades de los Estados Unidos, según estudió François Cusset [2003] en su libro sobre la denominada «French Theory» a la que responsabiliza en principio de una auténtica mutación en la vida académica e intelectual norteamericana, muy influida hasta entonces por un sabio y eficaz pragmatismo. No deja de causarnos un punto de asombro que las cosas hubiesen evolucionado así, por la inconsistencia de tal pensamiento débil, agresivamente empeñado, sin embargo, en arrumbar con la fortaleza de los “grandes relatos legitimadores” de la filosofía moderna, y de negar incluso la operatividad de la investigación científica en la búsqueda de la verdad y la comprensión correcta de la realidad.

El seguimiento que Cusset hace de la evolución registrada en la temática de los paneles incluidos en las convenciones anuales de la Modern Language Association (MLA), la mastodóntica organización que reúne a todos los profe-

sores universitarios de lengua y literatura que enseñan en USA, es muy expresivo a este respecto y viene a coincidir con el aviso de Bate, pues nos permite apreciar cómo los planteamientos humanísticos tradicionales, la perspectiva filológica y el respeto hacia el canon establecido de los autores y obras considerados clásicos ceden su lugar a nuevas orientaciones, muy influidas por el asunto estrella de las identidades, de la raza, las minorías, el género o la orientación sexual.

Adquieren, así, gran preeminencia los enfoques relacionados con el multiculturalismo, los estudios poscoloniales y de género, en los que, tras el empuje de la teoría feminista, el planteamiento *queer* de Judith Butler representa el maridaje entre la impronta francesa de Michel Foucault y la lingüística americana de la performatividad. Como ejemplo de las innovaciones registradas en el ámbito de la MLA, en la convención de 1983 se anunciaron mesas redondas sobre «Deconstrucción y muerte de Dios» o «El porvenir del feminismo marxista». Pero poco después, en el mismo decenio, eran objeto de presentación y debate temas como «Imaginería clitorídea y masturbación en Emily Dickinson» o «Salir del armario como mujer obesa».

Es cierto que los primeros efectos de la «French Theory» se hicieron notar en los departamentos de Humanidades y muy pronto en los de Ciencias Sociales. No me he cansado de denunciar el daño que la Deconstrucción ha infligido a la valoración de la Literatura en las universidades norteamericanas, en contra de lo que había establecido históricamente su modelo de educación liberal, según el cual las letras eran insustituibles para la formación integral de los estudiantes, que comprendía la Ética y la Estética, la competencia expresiva y comunicativa, el bagaje enciclopédico. La Literatura rebosaba sentido, significaba algo, formaba, a través del conocimiento de las obras clásicas, la capacidad de valoración artística de los educandos, a quienes proporcionaba además información sobre asuntos importantes que Northrop Frye llamaba *incumbentes*, es decir, próximos al meollo de la condición humana.

La Deconstrucción de Derrida apunta en sentido opuesto: la ausencia de sentido de los textos eminentes que constituyen la literatura. Desafortunadamente, tal fue el poso que la Deconstrucción fue dejando y esto, en mi criterio, tuvo una consecuencia inmediata en el régimen interno de las Universidades y en la propia financiación de las Humanidades. ¿Para qué invertir en unos estudios que sus propios profesores defienden que no tienen sentido?

Bate califica a Jacques Derrida de «malicioso (*prucky*) parisino» porque sabe emparejar los presupuestos estructuralistas con «a nihilistic view of literature, of human communication, and of life itself». En consecuencia, la obra de Shakespeare queda reducida a una mera «sequence of signs (words), the ‘meaning’ of which has not real relationship to the author’s own intention or imaginative

visión of the world in general» (Bate 1982:52). Ni *Hamlet*, ni *Mabeth* ni *King Lear* fungen ya como interpretaciones de la experiencia humana según su autor, y su deconstrucción implica un procedimiento «gloriously free of any necessary relationship to history, to philosophy, or to human lives». En suma, la sonora reconvención de Walter Jackson Bate hacia los académicos “profesionalistas” de los Estados Unidos les advierte, desde su experiencia en el campo de los estudios ingleses, de que están propiciando «a potentially suicidal movement».

Decepciona comprobar que es precisamente desde esa posición desde la que Stanley Fish [1983] le contesta con un artículo de *Critical Inquiry* titulado muy expresivamente «Profession Despite Thyself: Fear and Self-Loathing in Literary Studies». Acusa a Bate de un “antiprofesionalismo” nacido del tradicional rechazo protestante contra los avances del progreso, reacción convertida ya en un instrumento político contra las nuevas doctrinas académicas y contra lo que representaba Derrida, a quien Fish parece venerar. Como también aplaude a Edward Said porque denuncia a los departamentos universitarios dispuestos a defender sílabos elaborados a base de monumentos canonizados en una rígida formación dinástica, atendidos por gremio genuflexo de humildes servidores. Los términos del alegato de Fish contra Bate son tan extremados que el propio Said [1983] se desmarcará de los elogios que el autor de *Versions of Academic Freedom: From Professionalism to Revolution* le endilga.

Mayor ecuanimidad y respeto a la postura de Bate manifiesta uno de los máximos valedores y difusores de la Deconstrucción en los Estados Unidos, Paul de Man, en dos artículos bien conocidos de aquel mismo año 1982 en que Francisco Rico cumplía su primera cuarentena y daba a la luz su *Tratado general de literatura*. Ambos textos, que serían luego incluidos en un libro de 1986 ya traducido al español (De Man 1990), me parecen especialmente pertinentes para enmarcar el sesgo que quiero darle a mi homenaje porque apuntan directamente, al menos así yo lo creo, hacia el meollo de la posición de Francisco Rico como filólogo e historiador de la literatura ante *la resistencia a la teoría*.

Así titula Paul de Man el primero de sus artículos en cuestión, publicado en la revista *Yale French Studies* [63, 1982]. Pero, con la polémica de Walter Jackson Bate como referencia, se refiere a lo mismo que aborda otro texto suyo de final de ese mismo año en el *Times Literary Supplement*, titulado muy expresivamente «The Return to Philology». Uno y otro me parecen estar remitiendo, sin mencionarlo nunca, a nuestro cuarentón de aquellas mismas fechas.

Refiriéndose a Bate, y a diferencia de los exabruptos de Fish, Paul de Man habla de un «conservadurismo civilizado» no exento de «indignación moral» provocado por el estructuralismo que «ha encendido la ira» de *scholars* huma-

nistas como el propio Bate y quienes como él denunciaban «la bancarrota de los estudios literarios» a causa, en gran medida, de «la creciente concentración en la teoría literaria» y el triunfo de Derrida.

Pero la posición de Paul de Man es manifiestamente integradora, pues pone énfasis en la inexistencia de una solución de continuidad entre la Filología y la Teoría y subrayando, sobre todo, otra conexión que como luego intentaré apuntar no será en modo alguno ajena a Francisco Rico. Me refiero a la revivificación de la “lectura atenta” propia de la tradición docente norteamericana, porque «el mero acto de leer, previo a cualquier teoría, es capaz de transformar el discurso crítico de un modo que parecería profundamente subversivo a aquellos que ven en la enseñanza de la literatura un sustituto de la enseñanza de la teología, la ética, la psicología o la historia intelectual» (Paul de Man 1990:43-44). De modo que para el profesor de Yale, el «giro hacia la teoría se produjo como una vuelta a la filología, a un examen de la estructura del lenguaje previa a la del significado que produce». Bien es cierto que en tal perspectiva, la literatura «en lugar de enseñarse solo como materia histórica y humanística» se debería abordar desde la retórica y la poética.

Mayor enjundia polémica, por así decirlo, tiene el otro artículo de 1982 que desde su propio título acuña un rubro llamado a convertirse en proverbial: *La resistencia a la teoría*. Reacción que se produce en los medios académicos contra «la ruptura que ahora se deplora tan a menudo» por la que la teoría se «sitúa aparte de la historia literaria» mediante «la introducción de la terminología lingüística en el metalenguaje sobre la literatura» (De Man 1990:19) y la atribución de un papel central al concepto de literariedad, la *literariness* de la Opojaz predicada en Europa y América por Roman Jakobson a quien De Man cita como “filólogo” junto al “crítico” Roland Barthes.

Esa resistencia a la teoría, de la que Walter Jackson Bate era uno de los militantes más conspicuos, consiste fundamentalmente según Paul de Man [1990:25] en «una resistencia al uso del lenguaje sobre el lenguaje», tesis a la que enseguida volveré cuando me plantee finalmente hasta qué punto Francisco Rico puede ser considerado partisano español de la misma resistencia. Pero me acompañará también en tal trance la defensa de la Filología por parte del crítico de Yale, tan acomodada al perfil de Rico, tanto como la atención que aquel le presta en la «escena teórica contemporánea» al «hincapié en la lectura» (De Man 1990:32-33). Porque en la tradición de la Nueva Crítica norteamericana de decenios anteriores, para el autor de *Allegories of Reading*, «el interés contemporáneo por una poética de la literatura está claramente unido, de modo bastante tradicional, a los problemas de la lectura». Lo que, después de mencionar a Jauss e Iser, De Man da en mencionar como «la problematización del fenomenalismo de la lectura», no otra cosa que la *Fenomenología lite-*

ría heredada por Roman Ingarden de su maestro Edmund Husserl, a la que nuestro Alfonso Reyes prefería nombrar como *Fenomenografía*.

¿Francisco Rico, recalcitrante historiador literario resistente a la teoría? De serlo a plena conciencia, aparte de sus autodefiniciones que ya he rescataado, tendría que manifestarse como tal en esas dos direcciones señaladas por Paul de Man: negarse a la introducción de la terminología lingüística en el metalenguaje sobre la literatura y desinteresarse por toda poética literaria centrada en la fenomenología de la lectura.

La dedicación de Rico al *Lazarillo de Tormes* comenzó muy precozmente, con un artículo de 1966 titulado como un libro posterior suyo (Rico: 1988). Tan solo un año más tarde, en 1967, su edición del *Lazarillo* y *Gumán de Alfarache* me había dejado tan asombrado como a mis compañeros de facultad por su erudición, increíble en un veinteañero, así como por su perspicacia crítica. Como hemos recordado ya Rico siempre pone por delante su condición de filólogo historicista, pero en 1970 *La novela picaresca y el punto de vista* representó ya una aportación magistral *avant la lettre* a una narratología que él nunca reclamaría para sí, pero que se mostró enseguida como la herramienta idónea para dilucidar la esencia formal (y la relevancia histórica) de la novela picaresca como género literario.

A aquellas alturas de comienzos de los setenta la teoría del «point of view» narrativo, que viene directamente de Henry James, contaba ya con una formulación rigurosa gracias al artículo de 1955 «Point of View. The Development of a Critical Concept» publicado por Norman Friedmann en *PMLA* (vol. LXX) y se incorporaría enseguida a las narratologías de Wayne Booth, Gérard Genette o Gerald Prince, cuando no sería objeto de monografías tales el *Essai de typologie narrative. Le point de vue* de Jaap Lintvelt o *The Narrative Act. Point of View in Prose Fiction*, de Susan Sniader Lanser.

Mas en la entrevista de *Quimera*, Francisco Rico se jacta, con razón, que para escribir su estudio de 1970, «un libro que ha sido bastante apreciado, casi diría que sorprendentemente apreciado», no había partido de ninguna definición previa, «de ninguna taxonomía del punto de vista», pues no le interesaba en absoluto «estudiar la técnica del punto de vista en abstracto, como categoría de una intemporal retórica de la ficción», ninguna teoría crítica, sino más bien «unos hechos, unas categorías, unas realidades históricas que se convierten a su vez en gozne en torno al cual gira la lectura de otros textos, de otros datos, como de hecho ocurre en la historia» (Fernández 1987:31).

Años más tarde, a vueltas con el *Lazarillo* cuya autoría tanto ha dado que hablar y que escribir hasta hoy mismo a los historiadores, Rico confirma como irrefutables las tesis de Américo Castro [2002] en el sentido de que en la novela el anonimato era solidario de la autobiografía.

A este respecto, Rosa Navarro viene defendiendo reiteradamente la paternidad del *Lazarillo de Tormes* a favor del secretario de cartas latinas del Emperador Alfonso de Valdés, que falleció, por cierto, en 1532. Se suma así a otras atribuciones: al jerónimo fray Juan de Ortega, a Diego Hurtado de Mendoza, a Juan de Valdés, a Sebastián de Horozco, Lope de Rueda, Hernán Núñez de Toledo... El propio Rico [1988:71-72] escribiría una nóta sobre «Otros seis autores para el *Lazarillo*» que vendrían a ser media docena de miembros de una cofradía picaresca, sumables a otros tantos obispos que viajaban a Trento según una cita traída por los pelos de Valerio Andrés Taxandro.

En semejantes adivinanzas se entretenían algunos historiadores de la literatura, buscando desesperadamente en su apoyo *rapports de fait* que al fin y a la postre se mostrarían discutibles, descabellados o poco convincentes al menos. ¿Y cuál es la postura adoptada por Francisco Rico? No regodearse en las inseguridades de un historiador perplejo sino porfiar por el hallazgo de una solución teórica iluminadora. Incluso, resolutiva. Resolver la gran pregunta desde la pragmática lingüística y la fenomenología de la lectura. Cuando no con la ayuda, quizá no explícita ni tan siquiera solicitada, de la Estética de la recepción de Hans Robert Jauss [1976], quien el mismo año de *La novela picaresca y el punto de vista* publicaba ni más ni menos que su artículo «La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria».

Los primeros lectores del *Lazarillo de Tormes*, que sin duda empezó a circular hacia 1552 o 1553, devotos de los libros caballerescos y de otras estilizadas fantasías como las pastoriles y sentimentales, la recibieron como una historia cabal, pues en su “horizonte de expectativas”—concepto este, el *erwartungshorizont*, puesto en circulación por la Rezeptionsästhetik de Hans Robert Jauss [1987]—no había nada semejante que se admitiera al margen del estatuto de la veracidad. El magistral escritor que la produjo aprovechó la imprevisibilidad de su relato en cuanto texto de ficción para presentarlo, según Rico [1988:154], «como si se tratara de la obra auténtica de un auténtico Lázaro de Tormes. No simplemente un relato verosímil, insisto, sino verdadero. No realista: real». Pero no en exclusiva por su contenido sino también —y esto es pura Pragmática— «y aun principalmente, en cuanto tal relato, en cuanto discurso o *acto de lenguaje*». El énfasis es mío.

Para ello, el anónimo autor muestra una extraordinaria habilidad compositiva, fundamentada inicialmente en aquello que ya Américo Castro había destacado al sentenciar como inseparables en el *Lazarillo Tormes* el anonimato y la autobiografía. En efecto, para preservar toda la fuerza veredictiva de ese acto de lenguaje que es la carta noticiaria, el escritor del *Lazarillo* se esfuma dejando como único sujeto de la enunciación al propio protagonista de la historia. Bien lo confirmó el nuevo académico en su discurso de 1987 con un argumento irre-

futable: «Estoy persuadido de que el autor, no tanto por conservarse incógnito cuanto por respetar la substancia misma del experimento, nunca habría consentido que su nombre figurara en la cubierta (...) porque el nombre del autor robaría no poca fuerza al yo narrativo y a los trampantojos que daba a los lectores de la época» (Rico 1987:17). Se aprovecha, por lo demás, de aquella auténtica pasión generalizada que hacia 1500 era, en toda Europa, escribir “cartas mensajeras”. Pero, como se puntualiza después, «las cartas eran de suyo una variedad expresiva reservada para la narración de hechos reales, y el embozo de carta, por tanto, garantizaba al *Lazarillo* una inicial presunción de veracidad».

La teoría de Rico sobre el *Lazarillo* ejerció una profunda influencia en las *Teorías del realismo literario* que publiqué en 1992 (por no hablar de lo mismo en mi *Poética de la lectura en Quevedo*). Pero no me ha convenido por igual otra de sus perspicaces interpretaciones: la de que el anónimo autor del *Lazarillo* aspiraba a hacer al lector víctima de una superchería. Muy al contrario, de acuerdo con mi teorización, lo que hace es darle al destinatario lo que precisamente este quiere, pues la lectura intencionalmente realista es la respuesta natural, y no obligada o, al menos, pactada en el contrato narrativo implícito en toda novela. No hay engaño cuando la víctima está ávida de dejarse engañar, y, en todo caso, puede por su cuenta y riesgo hacer del texto leído una hermenéutica completamente realista, para lo que el *Lazarillo* le da el máximo de facilidades, sobre todo si tenemos en cuenta lo que era el contexto natural en el momento de su publicación.

Añádase a todo ello, y Francisco Rico bien que nos lo hace notar, el efecto veredictor de la tinta impresa, muy poderoso por aquel entonces, cuando todavía la Galaxia Gutenberg comenzaba el segundo siglo de su trayectoria, trascendental para el desarrollo de la Humanidad, y nunca amortiguado del todo, pues aún hoy en día lo conserva, y los periódicos nos parecen por momentos más *creadores* de la realidad que transcriptores de ella. No me cabe ninguna duda de que en aquellos momentos augurales de la modernidad «la ilusión de estar ante una realidad cabal, sin mediaciones de ninguna clase, nunca –nunca– se había dado en los términos rotundos del *Lazarillo*». Y así, concluye Rico [1988:159], «en teoría, el *Lazarillo* no *narra* una historia real: *es* una historia real, el acto lingüístico real de un individuo real –que a veces dice la verdad y a veces miente–».

Ahí reside para mí la realidad de la autobiografía y el poder de la palabra en ella tal y como la he estudiado (Villanueva 2023): en su enorme poder de convicción. Nada más creíble que la vida de otro, por él contada, cuando la hacemos nuestra mediante una lectura desde determinada intencionalidad, nada excepcional, por otra parte. El yo narrador y protagonista sustenta una estructura de incalculable fuerza autenticadora, avalada por un acto de lenguaje

de entre los más comunes de la conducta verbal de los humanos. Y el lector es seducido por las marcas de verismo que el yo-escritor-de-sí, sea sincero o falaz, acredita con su mera presencia textual.

Concluía yo aquel capítulo de *Poderes de la palabra* resumiendo la paradoja de la autobiografía en el hecho de que es ficción cuando la consideramos desde una perspectiva genética, pues con ella al autor no pretende reproducir, sino crear su yo; pero la autobiografía es verdad para el lector, que hace de ella con mayor facilidad que de cualquier otro texto narrativo, una lectura intencionalmente realista. Una vez más he de reconocer, con sumo agrado, la inspiración del maestro. Francisco Rico [1987:41] concluye su inolvidable discurso académico sobre *Lázaro de Tormes y el lugar de la novela* con esta frase: «Hoy, en nuestro fin de siglo, en el fin de todos los fines de siglo, descreemos del ideal de la novela realista. Sentimos o dudamos de la novela en otros términos; y, sobre todo, recelamos de las certezas y de las recetas del realismo. Quizá por eso nos guste recordar que la novela realista nació, en el *Lazarillo de Tormes*, como una falsificación, como una paradoja y como un juego».

La rigurosa fundamentación metodológica proporcionada por la Fenomenología de Edmund Husserl –muy pronto aplicada al campo literario, entre otros, por Roman Ingarden y los Formalistas rusos y checos de entreguerras–, nos permite a muchos, y entre ellos Francisco Rico, abordar la Literatura no solo como un hecho puramente discursivo o textual, sino como un sistema complejo, de índole comunicativa, en el que el texto creado por el escritor precisa para su constitución ontológica plena de la tarea cooperativa y hermenéutica de los lectores, todo ello en el marco de determinadas convenciones y mediaciones que la sociedad impone al proceso, y que son mudables a lo largo de la Historia.

A partir del *Lazarillo* desentrañado por Rico, pude avanzar en el estudio del realismo como un hecho fundamentalmente ligado a la recepción, más que a la creación o al texto producido en sí, como tantos otros asuntos –lo patético, lo sublime, la ironía– encuadrables en la órbita de lo literario; y como tal, es un hecho obligadamente esclarecible por la fenomenología y la pragmática de la literatura desde el momento en que la palabra realismo no describe nada que esté exclusivamente en la obra, sino, sobre todo, el efecto que ésta produce en sus lectores. Acaso la única perspectiva que, al menos hoy por hoy, no parece ya fecunda para la comprensión del realismo es la genética, pero la fenomenología asume asimismo, como algo imprescindible, el factor inmanente textual. Ello no quiere decir, como nos advertía también Fernando Lázaro Carreter, que haya un lenguaje realista, como tampoco hay una “realidad realista”. El realismo literario reside en una intencionalidad compartida por el autor y por el lector, a la que el texto presta su papel determinante de cómplice.

No se trata, pues, de un problema de génesis, ni tampoco, exclusivamente, de lenguaje o forma literaria. Lo fundamental descansa en la posibilidad, más o menos plausible, de un lector o una lectura intencionalmente realista.

Porque como colofón de su discurso, el nuevo académico que en 1987 venía a estrenar el sillón *pe minúscula*, definía así el “planteamiento arquetípico de la novela realista”: «contar historias que puedan integrarse en el universo de discurso dentro del cual habitan normalmente los lectores, brindar textos que puedan entrar sin violencia en el ámbito del lenguaje más frecuente en la vida diaria (...) construir una narración extensa con presupuestos como la probabilidad, la experiencia y el sentido común» (Rico 1987:24). A la altura del mil quinientos, “una empresa rigurosamente inusitada”.

Junto a la reiterada utilización por parte de Rico del horizonte de expectativas de los lectores y espectadores para desentrañar la actualización de los textos narrativos, poéticos o teatrales —como cuando afirma, por ejemplo, que *La vida es sueño* «en la intención del autor y en la experiencia normal de los espectadores, se conforma a los cánones del realismo psicológico» (Rico 1990:228)—, resulta igualmente muy interesante su frecuente recurso, como punto de confluencia entre la textualidad y la historicidad de la Literatura, a la noción de “espacio literario”, escenario de «un impecable sistema de fuerzas» donde se desarrolla un juego «en el que se entrecruzan la actividad del escritor y la actitud del lector (o viceversa)» (Rico 1990:272).

Detrás de tales planteamientos asoma la sombra del T.S. Eliot de *The Sacred Wood* y su propuesta implícita de la Literatura como una institución definida por Rico [1990:275], complementariamente, como «una criatura definitivamente incestuosa (...), endógena, autógena y autófaga (con perdón)». Pero cuando en un capítulo de patente inspiración eliotiana, titulado ni más ni menos «La tradición y el poema», afirma que «el sistema interno del texto se nos escapa si no se ve dentro del sistema de la historia literaria» (Rico 1990:280) el autor de esta *Breve biblioteca de autores españoles* se suma, y no solo terminológicamente, a la buena nueva de que, ante el problemático escenario de la Deconstrucción como el triunfante en los Estados Unidos, en la “vieja Europa” había ya comenzado a brotar una sólida teoría basada en el concepto de *Literatura como sistema* que había dado título al influyente libro de Claudio Guillén publicado en 1971, precursor en su enunciado de una de las propuestas básicas de la Teoría Empírica desarrollada en Alemania en los años setenta y ochenta por el grupo NIKOL de las Universidades de Siegen y Bielefeld, bajo la dirección de Siegfried J. Schmidt [1990]. En su concepción, como asimismo en la Francisco Rico, ese “sistema literario” lo es con todas sus consecuencias; es decir, constituye una estructura de condicionamientos por mor de la cual cada elemento, fase o agente participa con y depende de todos los demás.

Se trata de considerar la Literatura en el contexto básico de las acciones comunicativas, y por lo tanto sociales, que incluye la producción de textos, pero comprende también la mediación a que estos deberán someterse para ser difundidos, para dar lugar de este modo a la recepción por parte del público lector (o espectador del teatro), sin que falte por último la fase final de *Textverarbeitung*, que viene siendo traducido al español como “posprocesado”, esto es, la lectura transformadora que se hace del texto en forma de crítica, interpretación, comentario, parodia, resumen, adaptación, paráfrasis, versión fílmica, teatral o televisiva, etc. Este es asimismo el lugar del crítico dentro del sistema literario.

Siempre reconoceré mis deudas con Francisco Rico, como lo hago en estas páginas que ahora terminan. Grande fue la sorpresa que me produjo, a estos efectos, leer en la última página del prólogo a su libro de 2022 *Una larga lealtad* que —en sus palabras— «uno de mis orgullos es maliciarle que Darío Villanueva es un poco discípulo mío». Ya hubiese querido que se me pegase más algo suyo en lo que es difícil que un filólogo académico y universitario pueda emularlo: su prosa incisiva, perspicaz y deslumbrante, a la altura de las mejores de nuestra literatura contemporánea (novelistas, dramaturgos y poetas incluidos). Esta eminencia estilística está, además, acompañada por una pátina de suntuosa ironía.

La frase a la que hasta hoy recurrí para expresar la admiración que le profesaba al maestro, incluso en su presencia o por escrito como en el número de *Ínsula* dedicado en marzo de 2024 a su “trayectoria y significación”, era definirlo como “el más teórico de los antiteóricos españoles”. Me retracto de ella, porque, tal y como recuerdo y valoro hoy su legado, Francisco Rico es —mejor— el más teórico de nuestros resistentes a la teoría.

LISTA BIBLIOGRÁFICA

- BATE, Walter Jackson, «The Crisis in English Studies», *Harvard Magazine*, septiembre/octubre (1982), pp. 46-52.
- BATE, Walter Jackson, «To The Editor of *Critical Inquiry*», *Critical Inquiry*, X (1983), pp. 365-370.
- CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, Trotta, Madrid, 2002.
- CUSSET, François, *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cia y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos*, Melusina, Barcelona, 2005.
- DE MAN, Paul, *La resistencia a la teoría*, ed. Wlad Godzich, Visor, Madrid, 1990.
- FERNÁNDEZ, Daniel, «El discurso contra el método. Entrevista con Francisco Rico», *Quimera*, LXII (1987), pp. 25-33.
- FISH, Stanley, «Profession Despise Thyself: Fear and Self-Loathing in Literary Studies», *Critical Inquiry*, X (1983), pp. 349-364.

- JAUSS, Hans Robert, *La literatura como provocación*, Península, Barcelona, 1976.
- REYES, Alfonso, *La experiencia literaria*, FCE, México, 1983³.
- RICO, Francisco, «Problemas del *Lazarillo*», *Boletín de la Real Academia española*, XLVI (1966), pp. 277-296.
- RICO, Francisco, *La novela picaresca y el punto de vista*, Seix Barral, Barcelona, 1970, 1982³.
- RICO, Francisco, *Primera cuarentena y tratado general de literatura*, El Festín de Esopo, Barcelona, 1982.
- RICO, Francisco, *Lázaro de Tormes y el lugar de la novela. Discurso leído ante la Real Academia española el día 4 de junio en su recepción pública por el Excmo. Sr. Don Francisco Rico y contestación del Excmo. Sr. Don Fernando Lázaro Carreter*, Real Academia Española, Madrid, 1987.
- RICO, Francisco, *Problemas del «Lazarillo»*, Cátedra, Madrid, 1988.
- RICO, Francisco, *Breve biblioteca de autores españoles*, Seix Barral, Barcelona, 1990.
- RICO, Francisco, *Figuras con paisaje*, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 1994.
- RICO, Francisco, *Una larga lealtad. Filólogos y afines*, Acantilado, Barcelona, 2022.
- SAID, Edward W., «Response to Stanley Fish», *Critical Inquiry*, X (1983), pp. 371-364.
- SCHMIDT, Siegfried J., *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, Taurus, Madrid, 1990.
- VILLANUEVA, Darío, *La poética de la lectura en Quevedo*, Universidad de Manchester, 1995. Segunda edición, corregida y aumentada, Siruela, Madrid, 2007.
- VILLANUEVA, Darío, *Teorías del realismo literario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2020¹.
- VILLANUEVA, Darío, *Poderes de la palabra*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2023.